

Vargas Llosa and Latin American Politics de Juan De Castro y Nicholas Birns. New York: Palgrave Macmillan, 2010.

MIGUEL RIVERA-TAUPIER, KEENE STATE COLLEGE

Los once artículos de este libro estudian las posiciones políticas de Mario Vargas Llosa, un escritor que, como se sabe, no sólo rompió con la izquierda, sino que encontró en el liberalismo (en el sentido europeo, no estadounidense, del término) un marco conceptual para entender a América Latina y para proponer soluciones a sus problemas. Más de uno de los colaboradores de este volumen recuerda que los escritores del Boom hispanoamericano pertenecieron casi siempre a la izquierda, por lo que la figura de un novelista –y un excelente novelista además—que defiende vivamente el libre mercado ha provocado críticas muy duras. Como William H. Corral nota, en el ámbito académico no se suele enjuiciar las ideas políticas de escritores de izquierda, pero con los de derecha, como Vargas Llosa, parece ser necesario establecer distancias. Por fortuna, el libro editado por Juan E. de Castro y Nicholas Birns presenta, en conjunto, una visión balanceada del pensamiento político de Vargas Llosa.

Aunque Vargas Llosa rompió con el socialismo a comienzos de los años 70, su acercamiento a las ideas liberales recién se produjo en la década siguiente, por eso los trabajos de este volumen se dedican a sus obras publicadas a partir de 1981. Se agrupan en cuatro secciones, la primera de las cuales busca definir el liberalismo de Vargas Llosa a través de sus ensayos, intervenciones políticas y algunas de sus novelas. La segunda explora el pensamiento político “vargasllosiano” en sus libros de las décadas de los 80 y 90, y la tercera hace lo propio con textos aparecidos en el siglo XXI. La cuarta y última parte, “Mario Vargas Llosa, man of letters,” puede leerse como un balance final de las anteriores.

En la primera parte del libro, Juan E. de Castro contrasta los planteamientos políticos de Vargas Llosa con los de los neoconservadores estadounidenses, a partir del discurso que leyó el novelista al recibir en 2005 un premio del *American Enterprise Institute*, un *think tank* conservador. Castro encuentra significativas diferencias, lo que nos ayuda a ubicar con más precisión al peruano dentro del espectro político. Tal vez muchos descubran con sorpresa que Vargas Llosa puede tener más afinidad con los sectores progresistas estadounidenses que con la derecha peruana, por dar un ejemplo. Por su parte, Fabiola Escárzaga muestra la evolución política de Vargas Llosa a lo largo de los años. Para ella, su pasado izquierdista fue tan breve que puede considerarse un mito promovido por él mismo. Entiende las participaciones de Vargas Llosa en la política peruana como una constante alianza con la derecha, y su apoyo a Alan García Pérez en las elecciones de 2006 como un mero intento de impedir que el izquierdista Humala ganase las elecciones. Hay dos hechos que difícilmente encajarían dentro de la visión de Escárzaga: uno es la renuncia de Vargas Llosa en 2010

a la dirección del Lugar de la Memoria –un espacio dedicado a los desaparecidos durante la violencia política de los años 80 y 90–, en protesta por el intento de amnistiar a un grupo de militares presos por violaciones de los derechos humanos. El otro, su apoyo a Ollanta Humala en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2011. Se trata de decisiones de Vargas Llosa que la autora no pudo conocer al momento de escribir su artículo, pero en la medida en que son consecuentes con la posición de aquél sobre los derechos humanos, es válido pensar que Escárzaga nos da una visión unilateral de Vargas Llosa.

Jean O'Bryan-Knight cierra la primera parte del libro con un artículo que rastrea la presencia de personajes emprendedores en la obra de Vargas Llosa, un correlato ficcional de los informales peruanos que este escritor defiende en sus artículos. Encuentra cuatro personajes de este tipo, todos secundarios. El primero está en *La tía Julia y el escribidor* (1977), una novela escrita antes de que su autor abrazara las ideas liberales. Con todo, no son muchos, lo que sugiere que Vargas Llosa no ve sus novelas como instrumentos de promoción de sus ideas políticas.

La segunda parte comienza con un ensayo de Nicholas Birns sobre *La guerra del fin del mundo* (1981). Birns lee esta novela como una respuesta al positivismo de *Os Sertões*, de Euclides da Cunha. Mientras que el brasileño escribió un libro de no ficción y con pretensiones científicas, el peruano escribió una novela, algo que le permite discrepar con la rebelión de Canudos y al mismo tiempo admirar a los yagunzos levantados en armas. Convertir el libro supuestamente científico de Da Cunha en una novela es un gesto que Birns asocia con un liberalismo escéptico. Como el autor nota, el escepticismo no es necesariamente progresista, ya que el propio George W. Bush usó una retórica de constructivismo relativista. Paul Allaston ha dado uno de los artículos más discutibles de este volumen, el que trata sobre la homosexualidad en *Historia de Mayta* (1984). Para el autor, el descubrimiento de que el Mayta homosexual es una invención del narrador, ya que el verdadero Mayta es heterosexual, constituye un acto de “queer cleansing,” pues el Perú es presentado en esa novela como un organismo enfermo, algo que Allaston relaciona con la epidemia del sida. A esta lectura se le puede objetar, sin embargo, que la homosexualidad del primer Mayta lo hace mucho más humano e interesante que los otros revolucionarios que aparecen en esa novela, por ejemplo cuando el protagonista sueña con una revolución que incluya la tolerancia de diferentes sexualidades en su propuesta de justicia social.

La relación de Vargas Llosa con el indigenismo es el tema del artículo de Ignacio López-Calvo. Este señala que, mientras que en sus ensayos Vargas Llosa sostiene la conveniencia de que los grupos étnicos nativos se asimilen a la cultura criolla, la novela *El hablador* (1987) no toma partido abiertamente entre las dos opciones que muestra: la de un indigenista a ultranza que quiere mantener la cultura machiguenga libre de todo contacto con otras y la de un socialista que considera que la modernización es la única manera de evitar los abusos contra los indígenas. López-Calvo sostiene que, aunque la novela no apuesta abiertamente por una de estas visiones, lo hace de manera más sutil, pues el personaje que está a favor de la modernización comparte ciertas características biográficas con Vargas Llosa. La distancia entre Vargas Llosa y el indigenismo resulta más grande en *Lituma en los Andes* (1993), según López-Calvo, ya que aquí se presenta a Sendero Luminoso como una consecuencia del discurso indigenista, a la vez que se advierte rasgos bárbaros en las culturas prehispánicas.

Sergio R. Franco analiza en *El pez en el agua* (1993), el libro de memorias de Vargas Llosa, las estrategias retóricas que le permiten a su autor presentarse como alguien que fracasó en política por haberse resistido a abandonar su honradez y honestidad. En contraste, los peruanos pobres que se opusieron a su propuesta en 1990 aparecen infantilizados y se los presenta como seres irracionales. El autor nota que en *El pez en el agua* falta un intento serio de autocrítica respecto a la estrategia comunicativa y las alianzas políticas de Vargas Llosa cuando fue candidato a la presidencia del Perú.

La tercera parte de este volumen empieza con un artículo de Gene H. Bell-Villada sobre *La fiesta del Chivo* (2000). Bell-Villada ve esta obra como un regreso de Vargas Llosa a la novela total, de muchos personajes y técnica compleja, y al tema de la injusticia social, que no había sido central en novelas suyas de los años 80 y 90. Sostiene que esta recuperación del mejor Vargas Llosa se debe también a que este logra poner distancia con su derrota electoral de 1990, al escribir una novela que no se relaciona con el Perú. Es necesario matizar esta afirmación de Bell-Villada: no fue casual que Vargas Llosa escribiera una novela de dictador precisamente durante el gobierno de Alberto Fujimori. Por su parte, Roland Forgues se ocupa del interés de Vargas Llosa por tres intelectuales franceses: Sartre, Camus y Malraux, influencias que encuentra particularmente en *Travesuras de la Niña Mala* (2006) y *El paraíso en la otra esquina* (2003).

Uno de los mejores artículos de este libro es el de Sabine Köllmann, que abre la cuarta parte. Ella se ocupa del lugar común según el cual Vargas Llosa es un gran novelista con malas ideas políticas. Para explicar esta lectura esquizofrénica, que identifica un Vargas Llosa bueno y otro malo, nos recuerda lo difícil que es definirlo. Se trata de alguien que ataca los populismos latinoamericanos pero apoya la inmigración a EE.UU, que defiende el libre mercado y también los derechos de los homosexuales, que es capaz de aceptar el premio Jerusalén, pero también de criticar los asentamientos israelíes en Palestina. La autora encuentra que sus ensayos y novelas tienen en común varios elementos, como la preocupación por el racismo, la xenofobia, la discriminación y el nacionalismo. También, la idea del valor de la ficción en la sociedad. Sin embargo, hay una diferencia notable entre su obra de ficción y sus comentarios políticos: la primera no es usada para hacer una defensa cerrada del mercado. Por último, Wilfrido H. Corral hace una semblanza intelectual de Vargas Llosa dentro del ámbito de América Latina, estudiando diversas entradas de su *Diccionario del Amante de América Latina* (2006). Al comienzo de esta reseña señalamos que, desde que Vargas Llosa rompió con el régimen de Fidel Castro, muchos intelectuales y académicos han sentido la necesidad de expresar su discrepancia ideológica con él. Este libro, cuyos artículos casi siempre apuntan a entender más que a atacar o abrazar las ideas políticas de este novelista, puede ser signo de que se empiezan tiempos mejores.